

IMÁGENES DE LA MUJER EN LA LITERATURA LANZAROTEÑA

Zebensuí Rodríguez Álvarez

TEXTO 1

Aunque me maten, vida, por amor de ti,
aunque me maten, no lo he de sentir.

Lucía de Cabrera, A.M.C., Inquisición, Proceso de Lucía de Herrera, CXXVI-25.

TEXTO 2

Al subir las escaleras
cayó un marinero al agua.
-¿Qué me das, marinerito,
porque te saque del agua?
-Te doy todos mis navíos
cargaditos de oro y plata,
y mi mujer que sirva,
y mis hijas por esclavas.

“El marinero al agua”, romance tradicional español recogido en Arrecife en 1966.

TEXTO 3

Así como dicen los teólogos, que hay muchos a quienes les cuesta más irse al Infierno, que les costaría emprender el camino para salvarse, de la misma manera muchas emplean más ideas, aplicación, y memoria para ser necias, que las que serían suficientes para ser sabias, útiles y prudentes. Cuando me pongo a reflexionar sobre esto, me falta poco para pensar, que las mujeres no son criaturas racionales, sino cierta especie de animales, poco superiores a las monas, que éstas aún son más festivas que ellas, y por fin son animales menos perjudiciales, y de menos gasto, y aún acaso capaces también de adquirir con el tiempo un notable discernimiento del paño, y de la seda; y yo juzgo les deberían igualmente convenir tales estofas.

El Pensador: III, XXIX, de Clavijo y Fajardo (1763).

TEXTO 4

Las mujeres permanecen prácticamente siempre recluidas en casa, y únicamente pueden salir los domingos por la tarde. Las relaciones con las otras islas y con Europa son muy exiguas.

La expedición científica de Ernst Haeckel a Lanzarote (1866-67).

TEXTO 5

Es tan poco frecuente que sus mujeres viajen o monten a caballo, que lean y hablen con los hombres y, sobre todo, que escriban, que llegué a sentir que mi comportamiento debía ser muy poco femenino. Una o dos veces ni siquiera llegamos a ver a las mujeres hasta que nos retirábamos por la noche. Manos mágicas preparaban nuestras habitaciones y nuestra mesa se ponía por arte de magia, sin llegar a ver quién lo hacía; eran tan invisibles que ni siquiera oíamos sus voces.

Tenerife y sus seis satélites, de Olivia Stone (1887).

TEXTO 6

-Tiene usted razón. La verdad es que entre nosotros la vida es muy distinta. Hay que confesar que no pocas veces hasta los viejos, desde que vemos enaguas, solemos volvernos niños.

-Obviamente que sí -le contesté-. Una mujer aquí, además, no puede dar un paso sin que la estemos observando. [...] Pues bien, para decirle de una vez, se hace preciso conocer bien a la mujer inglesa, a fin de que no se nos acuse de indiscretos. Ella viaja sola, piensa y resuelve sola sus asuntos, como su marido lo hace también, sin darle cuenta de lo que él le propone hacer. Ella domina sola la Naturaleza; se aventura sola, las más de las ocasiones; no comparte su existencia con otra existencia; y por naturaleza es eminentemente reservada. [...] De esta suerte, jamás puede avenirse a cambiar su modo de ser por esas costumbres que nosotros tenemos por más selectas en la vida del buen tono. [...] ¡Ah! Si habláramos de una española, variarían los colores del cuadro.

La Casa de la Señora, de Antonio María Manrique (1902, inédita).

TEXTO 7

En las islas menores de nuestro archipiélago, a pesar de la autonomía de que blasonamos, continúa el sexo encantador, digno de encanto, imitando a los peninsulares.

Señoras de las llamadas de la sangre azul, en un pueblo de Lanzarote, tomaron por modelo a la mujer -que era muy abierta de piernas- de un secretario del delegado del Gobierno en la citada isla, y aquellas damas encopetadas adoptaron, considerándola de buen todo muy de moda, aquella postura verdaderamente repugnante y antiestética. Las cursilonas que imitan las extravagancias en el vestir y en el andar de los elementos de fuera del país, pertenecen al género cómico o, mejor dicho, al bufo.

[...] Nuestra “maga” icástica en su descalcez con su natural sencillo, moviendo graciosamente sus amplias caderas y los arambeles de su típico vestido [...] es capaz de desmurriar al hombre de ánimo más apenado; pero desde que se pone encima los adornos peculiares de la mujer de la ciudad, pierde su prístino encanto y se convierte en máscara repulsiva o en una visión verdaderamente mamarrachesca.

Costumbres canarias, de Isaac Viera (1925).

TEXTO 8

-¡Pobre de ti si no lo entiendes! Encendida una hoguera es necesario conservar el fuego, darle siempre combustible, vigilarla atentamente como las sacerdotisas de Vesta.

-Eso supongo que será mutuo.

-Se entiende; pero la parte activa, dinámica, del amor, que corresponde al sexo masculino, exige todo lo inherente a la acción. De forma que a mayor necesidad, mayor estímulo...; pero estas cosas se sienten más que se razonan... ¡Es todo el mundo de las intuiciones femeninas!

-¡Pobres mujeres...! ¡Siempre lo peor...!

-Lo que les corresponde... ¿De qué valen las alas cuando no existen deseos de volar?

-Esos siempre los tienen ustedes.

-Mira, hija, dejémonos de polémicas que a nada conducen. Día llegará en que pienses de otro modo si no quieres ser una desgraciada... Tu madre tuvo una tan fina intuición, un poder de seducción tan exquisito, que logró hacer de mí un constante y fiel enamorado... Yo confío en que llegada la ocasión, tú seas digna de ella y que comprendas que el amor es el hecho más complejo e la Vida...

La vida, juego de naipes, de Benito Pérez Armas (1925).

TEXTO 9

No maldigas tu dolor,
tu dolor te dignifica:
¡Lágrima que purifica
es la lágrima de amor!

Si lloras, algo mejor
en tus entrañas, se explica
que el torpe saldo que aplica
a tu conciencia, el traidor...

La pena dice que es buena,
quien sabe llorar de pena,
en su amante desvarío...

Tu tristeza te enaltece;
¡mujer que llora parece
flor que consagra el rocío!

“Tu dolor”, *Campanas de a bordo*, de Francisco Jordán (1934).

TEXTO 10

De continuar las cosas a este ritmo de vértigo, no sería descartable la posibilidad de ver a las mujeres empuñar bastón, pero ostensivamente, como símbolo de poderío y mando.

De todos modos, presentimos que no hay razón fundamental para alarmarse, porque la mujer [...] retornará a sus primitivas costumbres sin intentar de nuevo más tambaleantes peninos de hombre, y hará, por el contrario, acopio de sus encantos genuinamente femeninos, vía sin derivaciones para conquistar a aquel, constituir un hogar y procrear hijos.

“El siglo de la mujer”, de Manuel López Benítez (en *Antena* del 28/12/1954).

TEXTO 11

Enedina es de carne, de leche maternal, de aromas femeninos, de cobijo, olor de pucheros a la lumbre, ropas blancas puestas a tender, lágrimas, ocupaciones constantes y espera de la vejez. [...] Enedina me habla luego de los hijos [...] Es su entrega al mundo y es su satisfacción. Está preparada para vivir unos pocos años más y darse resignadamente a la muerte. Lo que tenía que hacer está hecho.

Parte de una historia, Ignacio Aldecoa (1967).

LA MUJER DE LANZAROTE EN LA OBRA DE ÁNGEL GUERRA

HACIA UNA GALERÍA DE TIPOS FEMENINOS

A medida que hemos avanzado en estudios y lecturas, ¿qué tipos son los grabados con mayor relieve? Olvidáronse muchos de los formidables guerreros, cantados por Homero el grande, así que el rumor de las batallas fue perdiendo resonancias, mientras que todavía no se ha borrado la imagen de aquella Elena seductora, coraje, aliento y alma de la griega epopeya.

[...] Toda la literatura antigua vive en nuestras admiraciones por los tipos femeninos que creara.

[...] Quizás la literatura contemporánea no sea tan pródiga en esta clase de creaciones. Adviértese en algunos escritores algo así como un espíritu hostile al feminismo en el arte, rescoldos de cierta pasión de misóginos en los trazos de las plumas, que llevan a las crueldades sádicas de Barbey d'Aurevilly, a los odios reconcentrados de Strimberg y a la frialdad amorosa, carencia de ímpetu pasional, de Husman.

No obstante, la mujer continúa triunfando en el arte. La novela moderna ha pedido al feminismo sus toques idealistas, su hondo sentido de delicadeza y poesía.

[...] Por acá no se han intentado esta clase de estudios. Hay un caso único, y es el de [Rafael] Altamira, analizando las mujeres en [Alphonse] Daudet. ¿Por qué no hacer galerías de tipos femeninos creados por nuestros más insignes novelistas contemporáneos? [...] Faltan entre nosotros plumas que empleen sus actividades en estos ejercicios para el bien de las letras.

GUERRA, Ángel (1904) "Las mujeres de Zola, por E. Gómez Carrillo", en *La Lectura*, n.º 5, pp. 361-363.

LA MUJER ESTÉRIL

En los cuatro años de casada, Fula no había tenido ningún hijo. Sin duda era estéril, y eso siempre fue regocijado comento de la gente de mar. La aburrían a preguntas las compañeras a los pocos meses de matrimoniar. Y el estribillo era constante.

-¿Qué?

-¿Hay lastre a bordo?

-¿Pa qué mes?

Avergonzada Fula, contestaba siempre:

-Pué ser...

Mas, mujeronas y hombres, después de repararla bien, repetíanle riendo, al guiñarle el ojo:

-Nada, Fula: ¡machorra!

Al Jallo (1907).

LA MUJER SIN MARIDO

¡Pobre vieja! Me llamaba su niño. Yo tendría entonces seis años; estaba en la edad de las alegrías infantiles, que tan pronto se van, y no vuelven. No aseguro si había servido en mi casa; solamente recuerdo que me estrujaba, estrechándome entre sus brazos secos, y que siempre me tuvo un cariño inmenso.

Cuando salía de la escuela, siempre iba a verla. Mientras ella sentada en la silla de nogal, a la puerta de su casa, con su traje negro y sus cabellos blancos hilaba los copos de lino con una actividad incansable, yo revolví por el patio. [...] Los primeros frutos de la higuera que abría en el huertecillo sus brazos escuálidos eran para mí, yo sólo los saboreaba, y ella me miraba regocijada comerlos, con delectación, como si fuese mi madre.

[...] Regresé. Ya era hombre. Mis sentimientos habían cambiado, y sobre el labio sombreaba el bozo. Era domingo, y a la puerta de la iglesia esperábamos ver salir en tropel de la misa de alba, al rayar la mañana fresca con reflejos suaves de una luz indecisa, las muchachas relampagueándoles los ojos negros bajo los pliegues airosos de la clásica mantilla.

Y allí cerca, una mendiga extendía su mano flaca implorando una limosna. Noté que me miraba; mas al fijar mis ojos en ella volvía el rostro como huyendo mi mirada.

Terminó el desfile. Volvíamos los muchachos bromeando y, al pasar junto a la mendiga, por más que envolvió precipitadamente el rostro bajo el mugriento pañolón, reconocíla al punto. Era la pobre vieja. En aquel momento más que eso: mi niñez, mis alegrías, todo lo que había amado. Abrí mis brazos y la abracé estrechamente. Oí entonces sollozos roncós, creo que mis ojos se humedecieron, y hasta, débilmente, como un grito de agonía ahogado, a mis oídos llegó aquella voz dulcísima de la infancia: *¡mi niño!*

Cariño eterno (1898).

LA CRIADA FIEL

Allí vivía a todo su antojo y holgura el *señó* Rudesindo. Suyo era el cortijo, amén de otros *pisquillos* de tierra que constituían su hacienda entera. Como rico, en verdad, lo era. [...] Dábase por satisfecho con una criada de labranza, que lo mismo arreglaba los tres teniques del caldero, al hacer la frugalísima pitanza (remendando de paso, en los días de descanso, la ropa vieja), que salía al campo, escardillo en mano, a segar la hierba en invierno, por estío a arrancar la mies reseca, dorada al sol, y en todo tiempo a coger cochinilla en los cercados de tuneras. No les pedía más que brazo fuerte en el trabajo, y en cas condiciones de criada fiel. [...] La mocedad no sirve para otra cosa que para echarla a chorros de sudor sobre los surcos. La tierra, como el pan, no llega a su punto sino con esfuerzo de brazos. Las caras bonitas para los novios; al amo le bastan cuerpos resistentes y ágiles.

A merced del viento (1912).

LA ORCHILLERA

Desde mucho antes de clarear el día se ponían las mujeres en camino. La distancia que tenían que recorrer era relativamente grande. Salían de este o del otro caserío y en las veredas se encontraban, formando rancho entonces, para seguir juntas hasta el mismo borde del risco de Famara, donde trabajaban de sol a sol. Eran orchilleras. Hubo tiempo en que ese oficio, allá en la isla de Lanzarote, era lucrativo, aunque sumamente peligroso. Sólo el hábito podía descontar el riesgo.

[...] Así, con riesgo siempre, afanábanse en coger orchilla las mujeres todo el día. Las que criaban, y eran las más, pues para el rudo oficio se necesitaba agilidad juvenil, dejaban arriba, a poca distancia del cantil, los niños medio abandonados, a la custodia de los perros, en cunas improvisadas en hoyos abiertos en la tierra, en cuyo fondo colocaban una azalea, y que sombreaban con unas cuantas ramas de arbusto colocadas en montón, sobre el cual ponían los pañolones extendidos.

Las paces (1920).

LA RECOLECTORA DE COCHINILLA

Pusiéronse de nuevo a la faena. Las seis mujeronas, dos viejas y las otras cuatro jóvenes, la mano bien forrada en trapajos, que simulaban guantes, la cara cubierta a

estilo moruno, sin dejar ver más que los ojos bajo la sombra de la enorme sombrera de palma, cogieron la cuchara, especie de apagaluces,, y comenzaron, enzarzadas entre los nopales de recio tronco y resistentes pencas, altos y compactos, a recoger la cochinilla. [...] Era labor penosa, que exigía muchos cuidados. Un puñado de aquello era una riqueza. [...] ¡Las que tendría el amo guardada! Con los tunerales de los cercados y la barrilla del lejío quemada, había hecho mucho dinero.

A merced del viento (1912).

LA LAVANDERA

La escasez de agua les daba una importancia grande, en calidad de lavanderas, aunque muy pocos rendimientos si se tienen en cuenta los sudores invertidos. Los pies descalzos, andando los caminos, y los brazos desnudos, de remojo casi todo el día en el agua, padecían los horrores de una labor tan penosa como el oficio imponía.

[...] Era aperreado el oficio. Tenían que correr de un extremo a otro de la isla. Y todo para sacar un mísero jornal. Con mil fatigas, a fuerza de privaciones, podían ir sacando adelante la vida.

Aquel camino de la Poceta, de tanto andarlo, se lo sabían de memoria. En él nació, un día de jornada, Tina, la pequeña de Camila, sin que esta interrumpiera la marcha y menos la dura labor indeferible.

[...] No era malo el camino a la Poceta. [...] Pero era también temible. Las lavanderas, antes de lanzarse a recorrerlo, lo escudriñaban. Antes de descender al llano, desde la altura, delante de la cual se abre la inmensa extensión libre, teniendo al fondo el mar sin límites, reconocían el campo antes de lanzarse a él. Si el viento soplaba fuerte, con furia desencadenada, renunciaban a la jornada.

[...] Como si esto no fuera bastante, en aquel camino acechaban a las lavanderas otros enemigos, con los que veíanse obligadas a mantener heroicas luchas. Ya eran los camellos en celo, sueltos, dueños del llano, que corrían a su placer y que acometían a cuantos seres humanos encontrasen en sus frenéticas andanzas; ora eran los cabreros, que ocultos en algún covacha o bien escondidos tras de las aulagas salvajes, de pronto las sorprendían, asaltándolas con acometividades brutales, enardecidos, a la desesperada.

El justicia del llano (1911).

LA VÍCTIMA DE LA MANADA

Narró la muchacha lo sucedido. Habíale salido al camino el perro de un ganado, al atravesar el jable. Sola, luchó con el animal, que embestía con furia carnicera. Tras un desesperado bregar, logró a la postre huir, llano adelante, mientras el perro, ladrando enardecido, pronto siempre al asalto, la perseguía tenaz y colérico. Un lejano silbo contuvo al animal, y corriendo, fatigada, pero con los ímpetus que le prestaba el miedo, pudo acercarse a la ranchería. [...] Todavía, presa del susto, tartamudeaba la muchacha. Era creíble el caso. Algunas mujeres sonreían maliciosas.

[...] Interiormente reproducían en forma bien distinta la escena. Les eran conocidos los asaltos y la violencia de los pastores cuando alcanzaban a ver a una mujer que, sola, se aventuraba en el llano.

Salían en cuadrilla al encuentro, brutales, frenéticos, como los camellos en celo. [...] Surgían de pronto, saltando al camino, agarrando violentamente a la mujer hasta dar con ella en tierra. Escondidos detrás de un médano o al soco de una aulaga, esperaban el momento oportuno. [...] No eran frecuente los casos. Pero muchas de las mujeronas de la Caleta, si bien lo callaban, podían atestiguarlo.

Al Jallo (1907).

LA VÍCTIMA DE LAS BRUJAS

-Y de Camila, ¿vustedes han sabido algo?

-No he platicado con nadie, -dijo Chano – Dijéronme los del cortijo que no ha resollado por ninguna parte. Al pueblo no recala; por el jable no ande. Muerta debe ser. Algún camello confiscado la espachurró. ¡Lo mismito que si la viera!

-Será cosa de las brujas... Se llevan las mujeres por el aire. ¿Y ónde? ¿Ónde, cho Am? [...] Si no está en culpa, ella vuelve. Ya veis el caso de Petrilla la de So. Por si habíase arrepentido de tratar con brujas, una noche desapareció. Halláronla luego, al día siguiente, acurrucada en el cortijo de don Pedro, con todo el cuerpo molido, revolcándose como una perra y echando espumarajos por aquella boca. ¡Buena tunda! ¡No volvió a sanar de la reconfiscada malencia! Pero ahí está...

[...] Recordaba en aquel momento cho Am que Camila, al encontrarla en el camino un día, le dijo que Chano, galán y fanfarrón, la cortejaba y que varias veces había salido al encuentro requiriéndola de amores que ella desdeñara. Pero le tenía miedo.

El justicia del llano (1911).

LA BIEN CASADA

La boda de Candela se remató con muchos comentarios molestos, unas cuantas risas de burla y gorja, y cuentan las vecinas comadrecas que con unos sonantes golpes con que la obsequió el marido en la alegre noche de novios. No es cosa de destapar, con la punta de la pluma, el secreto de estas desavenencias matrimoniales. Allá ellos.

La muchacha, como quien salva un mal paso, contentábase con responder a los indiscretos:

-¡Chincharse!... Ya lo tengo por la Iglesia.

[...] Estaba de Dios. Candela pescó un *caboso* de mar. *Roncote* era Leoncio y andaba en un costero. Ninguna elección más sabia pudo realizar la chica, aunque no es muy meritoria porque de ella hay mucho ejemplo. Maridos de este oficio son los que convienen. Trabajan como bestias de carga y el jornal lo disfrutan apenas. Tres meses de jornada y una semana en puerto, con inalterable repetición años y años, dan a una mujer más que suficiente garantía de que el matrimonio no es muy molesto. ¡Un chico al año! Es toda la carga que imponen los deberes.

La lapa (1908).

LA ETERNA DESDÉMONA

Es el pan nuestro de cada día. No pasa uno sin que caiga una mujer muerta en cualquier rincón de España. La ferocidad, que pide sangre, cansada de amar o con sed de amor a la violencia, busca a diario una víctima, destrozando carnes femeninas. Jack, el destripador de las mujeres, ha trasladado su residencia y hace sus ejercicios de carnicero humano o de cínico artista en nuestra nación.

[...] **Se ha llegado a un punto de desprecio de la mujer en verdad insostenible. Considérase a esta esclava a todo capricho del hombre, como bestia del trabajo, pronta al castigo, y en último extremo digna de muerte.** Al juzgarla llevamos siempre el prejuicio de que por naturaleza es pérfida. Su traición, en caso de que la haya, lleva consigo pena de vida. **Y en esos dramas trágicos de pasión en que una mujer muere cosida a puñaladas por su marido o por su amante, siempre el matador encuentra en su abono locura de los celos y el punto de honra, y en cambio a la víctima se le pone estigma de infidelidad infamante y se insulta su memoria con una reputación de hembra despreciable a quien ni la santidad del morir redime.**

“La eterna Desdémona”, *Polvo del camino*, Ángel Guerra (1908).